

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

En una carta dirigida a su amigo Juan Maragall el día 3 de noviembre de 1902, apunta Unamuno la posibilidad de que la historia relatada en su novela sobre la tía Tula responda a un hecho histórico, a una realidad de carne y hueso más allá de la ficción literaria. Escribía, entonces, don Miguel:

Ahora ando metido en una nueva novela, *La tía*, historia de una joven que rechazando novios se queda soltera para cuidar a unos sobrinos, hijos de una hermana que se le muere. Vive con el cuñado, a quien rechaza para marido, pues no quiere *manchar* con el débito conyugal el recinto en que respiran aire de castidad sus *hijos*. Satisfecho el instinto de maternidad, ¿para qué ha de perder su virginidad? Es virgen madre. Conozco el caso¹.

Con independencia de que el hecho sea real o no, lo cierto es que se pueden descubrir algunos claros paralelismos de esta tía Tula con otros personajes históricos o literarios, a los cuales podemos considerar sus antecedentes. Y, a la hora de estudiar los que resultan más significativos, vamos a comenzar analizando los citados por el propio Unamuno en el prólogo de su novela: las figuras de Santa Teresa, don Quijote, Antígona y Abisag.

Por lo que se refiere a Abisag, la sunamita, ésta representa, en opinión de don Miguel, una de esas "esposas de espíritu, castísimas" que, al igual que Tula, extrema sus cuidados hacia el rey David sin que ello suponga menoscabo alguno para su virginidad. Como se nos narra en el capítulo 1 del Libro I de los Reyes, Abisag durmió en el lecho del viejo rey David para darle calor, pero sin que éste llegase a conocerla carnalmente. En tal sentido, escribe Unamuno en el capítulo 4 -dedicado a Abisag- de su libro *La agonía del cristianismo* que, aunque el texto bíblico no lo dice, "David debió morir en brazos de Abisag, la sunamita, su última esposa, que calentaba su agonía con besos y con abrazos, que acaso le cunó el último sueño con una

¹ Miguel de Unamuno, *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1967, tomo IX, p. 41.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

brizadora maternal. Porque Abisag, la virgen, aquella a la que no conoció David y ella no conoció a David sino en deseo, fue la última madre del gran rey²".

Pues bien, al igual que la virgen Abisag, la virgen Tula, quien también dice ser madre de su cuñado Ramiro, es la que acompaña a éste en el lecho de muerte, arropándole con su amor y su calor, y dando muestras del deseo de haber podido compartir con él algunos de sus más íntimos sueños e ilusiones.

Según Unamuno, Antígona, la griega, "representa acaso la domesticidad religiosa, la religión doméstica, la del hogar, frente a la civilización política y tiránica, a la tiranía civil, y acaso también a la domesticación frente a la civilización³". Y todo ello por haberse cuidado de dar sepultura a su hermano Polinices y haber ejercido oficio de *sororidad*⁴ con su padre y hermano Edipo acompañándolo a la ciudad de Colona.

Algo similar cabe decir a propósito de Tula, cuya religión consiste en entregarse en cuerpo y, sobre todo, en alma al cuidado de todos sus "hijos" y en acompañar y consolar en el tránsito a la otra vida a sus "hermanos" de cuerpo o de alma -Rosa, don Primitivo, Ramiro y Manuela- porque, como dijo Antígona a Creonte, "el otro mundo, sin embargo, gusta de igualdad ante la ley". Y, para que quede bien clara esta afirmación de Antígona, en relación con esa respuesta dada por ésta a la acusación formulada por su tío Creonte de haber faltado al mandato regio, al rendir homenaje a su hermano Polinices, el fratricida, Unamuno escribe lo siguiente:

Sororidad fue la de la admirable Antígona, esta santa del paganismo helénico, la hija de Edipo, que sufrió martirio por amor a su hermano Polinices, y por confesar su

² Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza, 1986, p. 52.

³ Miguel de Unamuno, *La tía Tula*, edición de Manuel Cifo González, Madrid, Alhambra Longman, 1995, p. 61. En lo sucesivo, las referencias de las citas aparecerán, entre paréntesis, a continuación de las mismas, con indicación del año de edición y el número de página y, en su caso, de los capítulos de las mismas.

⁴ El término *sororidad* es el resultado del conocido gusto unamuniano por los neologismos. En el prólogo de la novela *La tía Tula*, afirma don Miguel que, al igual que paternidad deriva de *pater* (padre), maternidad deriva de *mater* (madre) y fraternidad lo hace de *frater* (hermano), debería existir el término "sororidad", derivado de *soror* (hermana. Y añade: "Se nos dirá que la *sororidad* equivaldría a la *fraternidad*, mas no lo creemos así. Como si en latín tuviese la hija un apelativo de raíz distinta que el hijo, valdría la pena de distinguir entre las dos filialidades" (1995: 59).

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

fe de que las leyes eternas de la conciencia, las que rigen en el eterno mundo de los muertos, en el mundo de la inmortalidad, no son las que forman los déspotas y tirano de la tierra, como era Creonte (1995b: 60).

El deseo de Tula de mantenerse siempre firme en sus convicciones, luchando denodadamente contra todos los obstáculos que se le interpongan en su camino y haciendo honor al significado de su nombre -"fuerza de lanza"-; su afán por conciliar dos elementos aparentemente antagónicos como la maternidad y la virginidad o, lo que es lo mismo, el ideal y la realidad, aunque ello implique la incomprensión y la burla de la gente, y el reconocimiento final de su fracaso -"había pasado por el mundo fuera del mundo" (1995b: XXI,143)-, le confieren ese componente quijotesco que se apunta en el prólogo. Y a todo eso habría que añadir ese sutil paralelismo que nos sugiere Unamuno: la condición de tío, que no padre, de Don Quijote.

De aquella "santa del paganismo helénico" que es Antígona, hemos de dar un salto en el tiempo hasta llegar a esa santa del cristianismo español que es "la Santa Madre, y Tía, Teresa de Jesús".

Tanto Santa Teresa como Tula son las fundadoras de sendas instituciones hogareñas dedicadas al culto a la pureza, la limpieza -Gertrudis tenía una "pasión morbosa por la pureza, de que procedía su culto místico a la limpieza" (1995b: XVIII, 136)-, la sencillez, la verdad -"las cosas sencillas, directas y sin engaños" (1995b: II, 72)- y la religión doméstica. Hasta el punto de que para Tula hasta el más mínimo acto a realizar, como puede ser el de dar el biberón a Manolita, la hija de Ramiro y Manuela, obedece a una especie de rito religioso:

Fue un culto, un sacrificio, casi un sacramento. El biberón, ese artificio industrial, llegó a ser para Gertrudis el símbolo y el instrumento de un rito religioso. Limpiaba los botellines, cocía los pisgos cada vez que los había empleado, preparaba y esterilizaba la leche con el ardor recatado y ansioso con que una sacerdotisa cumpliría su sacrificio ritual. Cuando ponía el pisgo de caucho en la boquita de la pobre criatura, sentía que le

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

palpitaba y se le encendía la propia mama. La pobre criatura posaba alguna vez su manecita en la mano de Gertrudis que sostenía el frasco (1995b: XVIII, 135-136).

Sólo que, en el caso de Tula, hay que matizar que ella no es la fundadora directa, sino la artífice de la fundación hecha por Ramiro y su hermana Rosa, desde el preciso instante en que decide que éstos se casen y tengan hijos para ella.

Una vez que estos hogares conventuales estén creados, tanto Tula como Teresa se convertirán en objeto de adoración por parte de sus moradores, verdaderos hijos espirituales de ambas, bajo cuya disciplina y custodia se encomiendan. Además, ambas son las abadesas encargadas de nombrar y bendecir a sus sucesoras antes de que esos hijos espirituales procedan a llevar a cabo una especie de canonización de la madre, o tía, o abadesa -como queramos llamarlas-, dotándolas de lo que Unamuno califica como “la vida eterna de la familiaridad inmortal”. Porque, como añade a continuación:

Ahora era ya para sus hijos, sus sobrinos, la Tía, no más que la Tía, ni *madre*, ya ni mamá, ni aun tía Tula, sino sólo la Tía. Fue este nombre de invocación, de verdadera invocación religiosa, como el canonizamiento doméstico de una santidad de hogar. La misma Manolita, su más hija y la más heredera de su espíritu, la depositaria de su tradición, no le llamaba sino la Tía (1995b: XXIV, 153).

Por otra parte, Teresa y Tula son huérfanas de madre -Tula también de padre-, lo cual les lleva a buscar amparo en la Virgen Madre. Las dos muestran una decidida y férrea voluntad de mantener incólume su virginidad, así como una firme decisión de afirmar su voz y su personalidad en un mundo hecho por hombres y a la medida de éstos. Además, Tula hace las veces de confesora y directora espiritual de Rosa, y Santa Teresa le habla a su sobrino Lorenzo de Cepeda de la merced que Dios le ha otorgado, "pues le ha dado mujer, con quien pueda tener mucho descanso⁵".

⁵ Id., p. 57. Unamuno recoge un fragmento de la carta que, el 15 de diciembre de 1581, dirige la Santa a su

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

Finalmente, hay que recordar la afición de Tula por leer a la santa abulense, las palabras de don Primitivo afirmando que, si su sobrina se hiciese monja, llegaría a ser otra Santa Teresa, así como la creencia de Tula de que "la pureza es de celda, de claustro y de ciudad", lo que la lleva a huir del campo y a refugiarse en la ciudad, donde estaban situados "su convento, su hogar, y en él su celda" (1995b: XI, 109).

Llegados a este punto, hemos de plantearnos una cuestión de sumo interés. ¿Por qué, junto a las referencias a Abisag, Antígona y Santa Teresa, representantes de la *sororidad*, sitúa Unamuno las menciones a Caín y a su novela *Abel Sánchez*? Quizá la explicación nos la da el propio Unamuno cuando escribe:

En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que lo mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín. Y aquí, en esta novela, he intentado escarbar en otros sótanos y escondrijos. Y como no ha faltado quien me haya dicho que aquello era inhumano, no faltará quien me lo diga, aunque en otro sentido, de esto. Aquello pareció a alguien inhumano por viril, por fraternal; esto lo parecerá acaso, por femenino, por sororio. Sin que quepa negar que el varón hereda femineidad de su madre, y la mujer virilidad de su padre. ¿O es que el zángano no tiene algo de abeja, y la abeja algo de zángano? O hay, si se quiere, *abejos* y *zánganas* (1995b: 63).

Es decir, parece que, consciente o inconscientemente, Unamuno nos está dando pie para establecer un posible parangón entre el cainismo masculino de Caín y un cainismo femenino de Tula, al tiempo que nos permitiría pensar en una errónea interpretación acerca de la santidad de ésta.

Ello, en principio, podría considerarse tan sólo como una muestra más del conocido

sobrino, quien estaba en Perú, en donde se había casado con doña María de Hinojosa.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

gusto unamuniano por las dualidades y las contradicciones. Recordemos, sin ir más lejos, la existencia de los dos yos unamunianos -el agónico y el contemplativo-, así como el hecho de que en algunos de sus prólogos se afirmen ideas contrarias a lo escrito a lo largo de la novela. Baste citar el caso tan significativo de *Niebla* (1914), con el prólogo de Víctor Goti, quien, entre otras cosas, afirma que la versión ofrecida por don Miguel acerca de la muerte de Augusto Pérez es errónea porque, en su opinión, su amigo se suicidó y no fue don Miguel quien le dio la muerte:

Mucho se me ocurre atañadero al inesperado final de este relato y a la versión que en él da don Miguel de la muerte de mi desgraciado amigo Augusto, versión que estimo errónea; pero no es cosa de que me ponga yo ahora aquí a discutir en este prólogo con mi prologado. Pero debo hacer constar en descargo de mi conciencia que estoy profundamente convenido de que Augusto Pérez, cumpliendo el propósito de suicidarse, que me comunicó en la última entrevista que con él tuve, se suicidó realmente y de hecho, y no sólo idealmente y de deseo. Creo tener pruebas fehacientes en apoyo de mi opinión; tantas y tales pruebas, que deja de ser opinión para llegar a conocimiento⁶.

Por el contrario, Miguel de Unamuno, en su post-prólogo, reafirma que Augusto murió “por mi libérrimo albedrío y decisión” (1986b: 67), y aprovecha para amenazar a Víctor con “hacer con él lo que con su amigo Pérez hice, y es que lo dejaré morir o le mataré a guisa de médico” (1986b: 68). Además, en el prólogo de *La tía Tula* el autor nos confiesa que el parangón entre Santa Teresa y Tula no se le ocurrió a la hora de escribir el presente relato:

Ha sido después de haberlo terminado cuando aun para nuestro ánimo, que lo concibió, resultó una novedad este parangón, cuando hemos descubierto las raíces de este relato novelesco. Nos fue oculto su más hondo sentido al emprenderlo. No hemos visto sino después, al hacer sobre él examen de autor, sus raíces teresianas y

⁶ Miguel de Unamuno, *Niebla*, edición de Manuel Cifo González, Tarragona, Tàrraco, 1986, p. 66.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

quijotescas. Que son una misma raíz (1995b: 59).

Pero lo cierto es que ese posible cainismo de Tula ha suscitado la lógica controversia entre los críticos más reputados. Así, por citar tan sólo unos ejemplos, Juan Rof Carballo afirma que "*La tía Tula* es, pese a la equivocada opinión de su propio autor, la novela de la envidia femenina", y asegura que Unamuno se equivocó al relacionarla con Santa Teresa pues, según este reputado psiquiatra, "la tía Tula está en el polo opuesto de lo que Santa Teresa significaba⁷".

En esta misma línea se sitúa Ricardo Gullón, quien afirma que, en el prólogo unamuniano:

[...] hallamos el esquema de un personaje opuesto al novelado en las páginas siguientes, como si al terminar de escribir la novela el autor hubiera querido, una vez más, expresarse contradictoriamente, mostrando, siquiera en germen, personajes posibles que dentro de la temática propuesta se comportaran en forma distinta a la del actuante en la narración⁸.

Por su parte, José-Carlos Mainer rechaza las teorías de Rof Carballo y de Gullón, porque, si Tula fuese "la inflexible encarnación de la dureza sobran efectivamente la Teresa de Jesús, la Antígona sofocleana y la Abisag del Antiguo Testamento que allí se invocan⁹".

Y algo similar cabe decir a propósito de Carlos A. Longhurst, quien también rechaza la idea expuesta por los dos primeros críticos en el sentido de que la conducta de Gertrudis se debe a celos o a envidia. "Nada más fácil que haberse casado con Ramiro en primeras nupcias. Pero lo que Gertrudis va buscando es vivir el matrimonio a través de su hermana y no por cuenta propia¹⁰".

⁷ Juan Rof Carballo, "El erotismo en Unamuno", en *Revista de Occidente*, año II, 2ª época, nº 19, Madrid, octubre 1964.

⁸ Ricardo Gullón, *Autobiografías de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1964, p.207.

⁹ José Carlos Mainer, introducción a su edición de *La tía Tula*, Madrid, Alianza, 1987, p. XII.

¹⁰ Carlos A. Longhurst, introducción a su edición de *La tía Tula*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 25.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

Mucho me temo que esta cuestión no es tan fácil de explicar como pueda parecer a primera vista. Ni Tula es la santa caritativa que unos quieren presentar, ni la envidiosa y asesina que otros tratan de ofrecer. Tula es la dos cosas al mismo tiempo, porque ella, como todas las demás criaturas unamunianas, no es un personaje de cartón trazado de antemano y de forma definitiva, inamovible, en sus líneas de comportamiento, sino que es un personaje de carne y hueso, de cuerpo y alma, que se va haciendo a sí mismo y que, como todo hombre bueno, según Unamuno, "lleva dentro de sí las siete virtudes y sus siete opuestos vicios capitales: es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, rijoso y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido. Y saca de sí mismo lo mismo al tirano que al esclavo, al criminal que al santo, a Caín que a Abel¹¹".

Así sería como habría que explicar el hecho de que, junto a todas las virtudes que hasta aquí hemos expuesto, en la confesión que Tula realiza ante el padre Álvarez se deje entrever la existencia de unos viejos y velados celos hacia su hermana Rosa por haber sido ésta la elegida de Ramiro. E incluso se puede llegar a pensar que es su denodado afán de ser tía y madre el que lleva a la muerte a su hermana Rosa, al mismo tiempo que su orgullo o, como ella misma dice, su "amor propio" -es decir, su amor a sí misma, su egoísmo- sería el causante del sufrimiento y la muerte de sus otros dos "hermanos de alma", Ramiro y Manuela.

Además, es el propio Unamuno el que nos da algunas pistas para poder justificar estas afirmaciones. Porque, como escribe el novelista vasco:

De Ramirín, el mayor, una voz muy queda, muy sumisa, pero de un susurro sibilante y diabólico, que Gertrudis solía oír que brotaba de un rincón de las entrañas de su espíritu [...]; de Ramirín decía ese tentador susurro que acaso cuando le engendró su padre soñaba más en ella, en Gertrudis, que en Rosa (1995b: XVIII, 133).

Ese mismo susurro diabólico que, como nuevamente apunta el narrador, reaparece

¹¹ Miguel de Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid, Magisterio Español, col. Novelas y cuentos, 1978, p. 225.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

cuando Tula se encuentra en el lecho de muerte y, en conversación privada con Manolita, le pide que le traiga las dos muñecas, que ella guarda con mucho cariño, para despedirse también de ellas. Es en esos momentos cuando le viene a la mente la siguiente idea:

[...] Tráeme las dos muñecas, que me despida de ellas, y luego nos pondremos serias para despedirnos de los otros... Vete, que me viene un mal pensamiento- y se santiguó. El mal pensamiento era que el susurro diabólico allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: '¡Muñecos todos!' (1995b: XXII, 150).

A todo ello se uniría su empeño por desterrar del alma de Ramirín ciertas "inclinaciones ascéticas, acaso místicas" para sustituirlas rápidamente por una inclinación hacia el matrimonio. De ese modo es como se asegura el que su sobrino pueda llegar a ser padre y, por ende, ella ser abuela.

Así pues, la verdadera dimensión espiritual de esta agonista unamuniana habrá que buscarla en sus confesiones, y no sólo en las dos ocasiones en que se nos cuenta que visitó al padre Álvarez, sino en las que resultan más esclarecedoras: las que realiza ante el moribundo Ramiro y ante todos sus hijos, en el momento de emprender el camino a la otra vida.

En la primera de ellas, además de reconocer su amor hacia Ramiro y el miedo que siempre ha tenido a los hombres, admite que quizá haya tenido una idea inhumana de la virtud:

[...] Acaso he tenido una idea inhumana de la virtud. Pero cuando lo primero, cuando te dirigiste a mi hermana, yo hice lo que debí hacer. Además, te lo confieso, el hombre, todo hombre, hasta tú, Ramiro, te lo confieso, me ha dado miedo siempre; no he podido ver en él sino el bruto. Los niños, sí; pero el hombre... He huido del hombre (1995b: XV, 125).

En la segunda de esas confesiones, habla de la necesidad de pensar muy bien las cosas antes de hacerlas, para luego no tener que arrepentirse, como ahora le ocurre a ella. Y buena muestra de su arrepentimiento es el cambio de opinión en relación con dos de sus convicciones

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

aparentemente más firmes: la idea de no mancharse y la de no ser remedio para nadie:

[...] Y si veis que el que queréis se ha caído en una laguna de fango y aunque sea en un pozo negro, en un albañal, echaos a salvarle, aun a riesgo de ahogaros, echaos a salvarle..., que no se ahogue él allí..., o ahogaos juntos... en el albañal; servidle de remedio, sí, de remedio...; ¿que morís entre légamo y porquerías?, no importa [...] Fango hay en el Purgatorio, fango ardiente, que quema y limpia..., fango que limpia, sí... En el Purgatorio les queman a los que no quisieron lavarse con fango..., sí, con fango... Les queman con estiércol ardiente..., les lavan con porquería... Es lo último que os digo, no tengáis miedo a la podredumbre... Rogad por mí, y que la Virgen me perdone (1995b: XXIII, 152).

¿Existe, pues, algún atisbo de cainismo en Tula? Para contestar a esta cuestión, lo mejor sería analizar los paralelismos existentes entre Gertrudis y otro de los agonistas unamunianos, Joaquín Monegro, de quien se dice algo que bien podría servir para retratar a la heroína unamuniana: "él es reconcentrado, altivo por dentro, terco, lleno de sí mismo, pero es bueno, honrado a carta cabal, inteligente...¹²". Además, es frío por fuera, pero tiene "un alma de fuego, tormentosa", como también lo es la de Tula.

Entre los diversos puntos de contacto Tula y Joaquín, podemos destacar el hecho de que los celos que Joaquín tiene hacia Abel son el resultado de su amor por Helena, algo muy similar a lo insinuado por el padre Álvarez en la primera confesión de Tula. Por otra parte, a ninguno de los dos les vale el recurso de la huida: ni a Joaquín le sirve refugiarse en el Casino, ni a Tula en el campo; en ambos casos será peor el remedio que la enfermedad. Tanto Joaquín como Tula consiguen adueñarse de los hijos de sus "hermanos" Abel y Rosa, y hacerlos obras suyas. Y ello es posible porque ambos tienen el mismo concepto de la paternidad: no es padre o madre quien engendra, sino quien cría y ama. Y, como padres que son, disponen que la opción del convento no es la apropiada para sus hijos. Así, si Tula cortó de raíz las veleidades místicas

¹² Miguel de Unamuno, *Abel Sánchez*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 92.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

de Ramirín, otro tanto hará Joaquín con su hija Joaquina, pues, al igual que aquélla, piensa que su convento está en su casa.

Otras semejanzas que se pueden detectar entre ambos personajes unamunianos son las siguientes: el deseo de saber siempre la verdad; la consideración de lo terrible que es la soledad; la creencia en que estamos hechos de fango; la idea de que toda madre es virgen por el hecho de ser madre; la voluntad de que los hijos casados habiten en la casa de los padres y formen parte de esa religión doméstica que se vive en el hogar; la petición a sus hijos para que recen por ellos, y la confesión hecha antes de morir, asumiendo sus culpas y pidiendo perdón por ellas.

Además, en este sentido, añade Carlos Longhurst una interesante afirmación en relación con el hecho de que, según este estudioso unamuniano, ambos personajes son proclives a la autointerrogación y sus preguntas y reflexiones, muy similares en el fondo y en la forma, pasan a los lectores de sus respectivas novelas:

Cuando en *Abel Sánchez* Joaquín Monegro se pregunta “¿Qué es creer en Dios” (cap. IX), “¿Por qué me hicieron?” (cap. XII), “¿Por qué nací?” (cap. XV), “¿Quién quiero ser?” (cap. XXVIII), “¿Por qué me rechazaban?” (cap. XXXI), “¿Qué hice para ser así?” (cap. XXXVIII), o cuando en *La tía Tula* Gertrudis se pregunta si no será su orgullo lo que impulsa su férrea independencia de carácter (cap. XII), o si quiere o no quiere a Ramiro (cap. XII), o si sus motivos son puros o patológicos (cap. XXIII) o si realmente se entiende a sí misma (cap. XII), estas preguntas pasan del plano del personaje al plano del lector, y éste no puede menos que enjuiciar al personaje desde la perspectiva sugerida por estas preguntas¹³.

Una vez considerado el más que probable antecedente de la novela *Abel Sánchez* en relación con *La tía Tula*, nos vamos a fijar en otras obras del escritor vasco, comenzando por

¹³ Carlos A. Longhurst, “La tradición hermenéutica en la narrativa unamuniana”, en Ana Chaguaceda Toledano (ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra .IV*, Salamanca, Universidad de Salamanca, p.357.
Manuel Cifo González 11 **Universidad de Murcia**

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

Amor y pedagogía (1902), en la que, según afirma Unamuno, "está en germen -y más que en germen- lo más y mejor de lo que he revelado en mis otras novelas..."¹⁴

Resulta que, en la figura de don Avito Carrascal, podemos ver un claro precedente de la tía Tula. A ambos les une el rechazo por la mentira y el amor por la verdad; la idea de que se nace en pecado original, por el mero hecho de provenir de un enlace de instinto, y el seguimiento exhaustivo del proceso educativo del primogénito.

Una concepción de la educación en la que se aprecia el interés de Avito y de Tula por la enseñanza de la geometría mediante figuras de papel, así como el deseo de apartar a los hijos, por vía de la censura, de todo lo que entrañe un riesgo: tal es el caso de todo aquello que se relaciona con lo novelesco, en el caso de Apolodorín, y de la anatomía y la fisiología, en el de Ramirín.

Por lo demás, cabe añadir que el matrimonio de don Avito fue deductivo, como también lo será el de Ramirín y Caridad; que don Avito desprecia a la mujer, como Tula desprecia al hombre, y que el frustrado pedagogo acabará aceptando como suyo al hijo de Petra, la criada, al igual que Tula lo hace con los hijos de Manuela.

En el capítulo LVIII de la segunda parte de su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), y en relación con la figura de Dulcinea, leemos lo siguiente:

Don Quijote dudó por un momento de la Gloria, pero ésta, su amada, le amaba a su vez ya y era, por tanto, su madre, como lo es del amado toda su amante verdadera [...] Todo amor de mujer es, si verdadero y entrañable, amor de madre; la mujer prohija a quien ama. Y así, Dulcinea es ya madre espiritual, no tan sólo señora de los pensamientos, de Don Quijote...¹⁵

A la hora de buscar otros antecedentes del personaje de Tula, podemos mencionar, también, los relatos *El sencillo don Rafael (Cazador y tresillista)* y *Soledad*, incluidos en el

¹⁴ Miguel de Unamuno, *Amor y pedagogía*, Madrid, Magisterio Español, col. Novelas y cuentos, 1978, pp. 36-37.

¹⁵ Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1971, p. 181.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

volumen titulado *El espejo de la muerte* (1913).

En el primero de dichos relatos se nos presente el caso ejemplar de un hombre soltero que encuentra en la puerta de su casa a un recién nacido. En una actitud que nos trae al recuerdo la de Tula, se negará a entregar al niño al Hospicio y se dispondrá a asumir su crianza, convirtiéndose en verdadero padre del desvalido. Si tiene que renunciar al sueño y al descanso para acallar al niño, lo hará con gusto, porque, según afirma, "ante todo, respeto a mi hijo"¹⁶. Más tarde, y tras casarse con la nodriza del niño, tuvo diez hijos más, con lo que también él, al igual que Tula, consiguió asegurarse la supervivencia *post mortem*.

Soledad tiene como protagonista a una joven huérfana de madre, ignorada por su padre y por su hermana, que acaba poblando su soledad "con ensueños maternales" y que un buen día descubre lo que es el amor por un hombre. Un amor que va inexorablemente unido al conocimiento de la condición brutal del hombre, del macho -concepto similar al de Tula-, cuando aquél decide abandonarla. "Y se hundió en sí misma, refugiándose en el culto a su madre, en el culto a la Virgen. y no lloró, porque su dolor no era de lágrimas: era un dolor seco y ardiente"¹⁷.

Al cabo de los años, Soledad se convirtió en una vieja solitaria y caritativa, dedicada en cuerpo y alma a remediar las necesidades ajenas. Una mujer con la que el narrador ha trabado una cierta relación que le ha permitido conocer su concepto negativo de los hombres y de los libros eróticos. Una mujer acerca de la cual Unamuno nos hace la siguiente pregunta:

[...] ¿comprendéis lo que es la soledad en un alma de mujer, y de mujer sedienta de cariño y hambrienta de hogar? El hombre tiene en nuestras sociedades campos en que distraer su soledad; pero una mujer que no quiere encerrarse en un convento, ¿qué ha de hacer solitaria entre nosotros?¹⁸

Pero, sin duda, las dos novelas en las que resulta más evidente el paralelismo con *La tía*

¹⁶ Miguel de Unamuno, *El espejo de la muerte*, Espasa-Calpe, col. Austral, 1977, p. 18.

¹⁷ Id., p. 68.

¹⁸ Id., p. 69.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

Tula son las tituladas *Dos madres* y *El marqués de Lumbría*, que forman parte de sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920).

Ya en el Prólogo de este libro, y recordando en buena medida la justificación que, en parecidos términos, ofreció Miguel de Cervantes respecto de sus famosas *Novelas ejemplares*, afirma Unamuno que llama ejemplares a estas novelas porque las ofrece como ejemplos de vida y de realidad. Y, a continuación, añade:

Sus agonistas, es decir, luchadores -o si queréis los llamaremos personajes-, son reales, realísimos, y con la realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos, en puro querer ser o en puro querer no ser, y no con la que le den los lectores¹⁹.

Y una de esas agonistas es Raquel, la viuda protagonista de la novela *Dos madres*, la cual está marcada en lo más hondo de su alma por la tormenta de no tener hijos. Una mujer que, cuando conoce a su nuevo amor, don Juan, se entrega a él con un amor tan posesivo y arrebatador, que lleva al narrador a decir lo siguiente:

La viuda aquella, con la tormenta de no tener hijos en el corazón del alma, se le había agarrado y le retenía en la vida que queda, no en la que pasa. Y en don Juan había muerto, con el deseo, la voluntad. Los ojos y las manos de Raquel apaciguaban y adormecían todos sus apetitos. Y aquel hogar solitario, constituido fuera de la ley, era como en un monasterio la celda de una pareja enamorada (1978: I, 228).

Esta firme y voluntariosa mujer está marcada, como Tula, por el deseo de querer ser madre en cuerpo ajeno, aunque ello signifique arrojar al hombre amado hacia otra mujer, porque, en definitiva, el hombre es tan sólo un instrumento puesto al servicio de sus ansias de maternidad. Y, al igual que Tula, considera que el matrimonio se instituyó "para casar, dar gracia a los casados y que críen hijos para el cielo" (1978: I, 229). Como diría Raquel, de lo que se trata no es de amar a la mujer, sino de "empreñarla", aseveración esta que Tula suscribiría en

¹⁹ *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, 1978, p. 219.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

todos sus términos.

Además, ambas mujeres tienen en común la negrura insondable de sus ojos; la negativa a adoptar hijos; la emoción al conocer la noticia del embarazo de las que podríamos considerar como madres sustitutas o madres biológicas, frente a ellas, que son las verdaderas madres, las madres espirituales, así como la imposición de los nombres a los recién nacidos, a cuyos cuidados se van a dedicar en cuerpo y alma, para lo que no dudan en instalarse en el hogar del matrimonio ni en organizarlo y disponerlo todo a su antojo. Y, puestos a rematar esa similitud, resulta harto elocuente la imagen repetida de esos pechos estériles, henchidos de una sangre que nunca llegaría a convertirse en blanca leche.

Llegados a este punto, sería interesante tomar en consideración la opinión de Paloma Castañeda respecto del personaje de la madre unamuniana:

Sus personajes de ficción se consumen en ansias de maternidad; cuando no consiguen realizarlas biológicamente, lo hacen suplantando a la madre, pero terminan ejerciendo de madres como les ocurre a Tula, a Soledad y a Raquel. Y es que ningún sujeto abandona aquello que le es gratificante, por lo tanto Unamuno retorna a la infancia con frecuencia para protegerse de los envites de la vida, además no es fácil abandonar los brazos maternos porque es el primer objeto querido del hombre, como tampoco se olvida la ideología familiar, ésta es muy fuerte e inconsciente²⁰.

A Tula y a Carolina, la protagonista de *El marqués de Lumbría*, les une el rechazo de los coqueteos y los "cortejos" amorosos; la aprobación que en ambos casos han de dar a los matrimonios de sus respectivas hermanas, unas hermanas totalmente opuestas a ellas y que morirán de sobrepeso; el deseo de que en sus hogares entre la luz y se sepa la verdad, y su "entereza varonil" a la hora de llevar adelante sus planes.

Incluso podemos ver, igualmente, algún antecedente en la otra novela ejemplar, *Nada menos que todo un hombre*, aunque en esta ocasión el protagonista sea Alejandro Gómez, un

²⁰ Paloma Castañeda, *Unamuno y las mujeres*, Madrid, Visión Libros, 2008, p.72.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

hombre que dice no vivir de apariencias, sino de realidades y que, al igual que Tula, no revela a su mujer el amor que le profesa hasta el momento en que ésta se encuentra a las puertas de la muerte.

También Alejandro decidió llevar a su esposa al campo para ver si así conseguía poner orden en su cabeza. Pero este intento resultó igualmente infructuoso y tuvieron que regresar a los pocos días a la corte. Y, como ocurre con Tula y con Abisag, él es el encargado de abrazar y acompañar a Julia en el momento de su fallecimiento. Pero, él, que no es sino todo un hombre, reacciona como tal y se quita la vida, sin importarle la suerte que pueda correr su hijo.

En definitiva, Raquel, Carolina y Alejandro son, como Tula, los personajes dominantes, y los demás son sus víctimas o sus muñecos. Y Unamuno no condena a ninguno de los cuatro ya que, en realidad, todos ellos son víctimas -como también lo fue el propio Unamuno- de ese "querer ser" del que habla don Miguel en el prólogo que antecede a las tres novelas ejemplares, cuando se refiere al intelectual norteamericano Oliver Wendell Holmes y su teoría de los tres Juanes y los tres Tomases que se pueden encontrar en una conversación entre alguien llamado Juan y alguien llamado Tomás:

Pero yo tengo que tomarlo por otro camino que el intelectualista yanqui Wendell Holmes. Y digo que, además del que uno es para Dios –si para Dios es uno alguien- y del que es para los otros y del que cree ser, hay el que quisiera ser. Y que éste, el que uno quiere ser, es en él, en su seno, el creador, y es el real de verdad. Y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará o castigará a uno a que sea por toda la eternidad lo que quiso ser (1978: 220-221).

Porque no podemos pasar por alto que el mayor y más cercano de los antecedentes de la tía Tula es el propio Unamuno, quien depositó en sus criaturas o entes de ficción buena parte de sus vivencias, anhelos, temores, frustraciones y contradicciones; es decir, una buena parte de su alma. Así parece reconocerlo el escritor vasco cuando en el prólogo a sus *Tres novelas*

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

ejemplares y un prólogo, y a propósito de la más que posible identificación entre él y el protagonista de *Niebla*, escribe lo siguiente:

¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo!..." -se me dirá-. ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima -que es todo un pueblo-, y otra cosa es que sean yo mismo. Porque ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente -o inmanente- ¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo... (1978: 223-224).

Pues bien, ni Tula ni Unamuno saben con certeza quiénes son, pero sí saben quiénes quieren ser, y en ese empeño llegan a compartir las notas dominantes que destacaba Antonio Machado en la personalidad del escritor vasco: "el impulso acometedor, la ambición de gloria, y la afirmación constante y decidida de su personalidad²¹".

En efecto, creador y criatura destacan por su tozudez, por el deseo de afirmar su personalidad y sus creencias por encima de cualquier imposición o limitación exterior. En tal sentido, convendría recordar la idea expuesta por Unamuno en su obra *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), cuando afirma que la vida es lucha, tragedia, contradicción, y que incluso el amor es también una lucha, un egoísmo mutuo."Y es posible que haya quien para mejor perpetuarse guarde su virginidad²²".

Para Unamuno, al igual que para Tula, "el organismo de la mujer está diseñado para concebir, gestar y amamantar al niño²³", porque "la mujer es ante todo y sobre todo madre. El instinto de la maternidad es en ella mucho más fuerte que el de la sexualidad²⁴". De ahí que Unamuno pueda hablar de una maternidad virginal, aplicable no sólo a Tula, sino a su propia

²¹ Antonio Machado, "Divagaciones", en *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1980, p. 91.

²² Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p. 128.

²³ Miguel de Unamuno, *Soliloquios y conversaciones*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1979, p. 152.

²⁴ Id., p. 148.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

esposa, Concha Lizárraga, que fue madre de nueve hijos.

A propósito de la maternidad, algo que don Miguel y Tula tienen igual de claro es que no hay que confundir la maternidad biológica con el ejercicio de ser madre. Si Tula puede sentirse madre en plenitud, es porque su creador opina que "uno no es propiamente hijo de quien lo engendró –cosa muy fácil y sin mérito alguno–, sino de quien lo crió, formó y educó, poniéndolo en el puesto que le corresponde²⁵".

A ambos les une, también, el deseo de no morir, "la sed de eternidad", "el ansia de perpetuar el nombre y la fama. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida..." (1976: 65-66). Una lucha que les obliga a actuar "de modo que nos hagamos insustituibles, acuñando en los demás nuestra marca y cifra; obrando sobre nuestros prójimos para dominarlos, dándonos a ellos, para eternizarnos en lo posible" (1976: 227). De esa forma se acabará consiguiendo "que nuestros hermanos, hijos y los hijos de nuestros hermanos y sus hijos, reconozcan que no debimos haber muerto..." (1976:228).

¿Y no es todo esto lo que perseguía y lo que acabó consiguiendo la tía Tula? Efectivamente, y por eso tanto ella como don Miguel acabaron convirtiéndose en "creadores" de unos personajes que, en alguna medida son una reencarnación suya, y, dado que los personajes no mueren, tampoco lo hacen sus autores, quienes, de esa manera, consiguen asegurarse la inmortalidad por la que suspiraban y que tanto ansiaban.

Algo que también parece inherente a ambos es el amor por la verdad, el cual debe prevalecer incluso por encima de la paz. Como bien pone de manifiesto Unamuno en el siguiente texto:

No, no, no: nada de vivir en paz. La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo [...] La verdad antes que la paz. Tal es mi divisa. Y para mayor brillo la he

²⁵ Id., p. 10.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

puesto en latín: *veritas primus pace*²⁶.

Un amor a la verdad que, en el caso de Tula, había permitido a su creador establecer un sutil paralelismo con Eva, por cuanto ambas estaban empeñadas “en conocer la ciencia del bien y del mal” (1995b: XVIII, 135).

Lo mismo cabe decir respecto del rechazo de la sensualidad, el erotismo o la pornografía, incluso en el seno del matrimonio, porque, como escribe Víctor Goti en su prólogo, refiriéndose a Unamuno:

Su repulsión a toda forma de pornografía es bien conocida por cuantos le conocen. Y no sólo por las corrientes razones morales, sino porque estima que la preocupación libidinosa es lo que más estraga la inteligencia. Los escritores pornográficos, o simplemente eróticos, le parecen los menos inteligentes, los más pobres de ingenio, los más tontos, en fin (1986b: 64).

Por ello, no podemos perder de vista que Gertrudis rechaza los noviazgos e incluso la sensualidad que existe en el matrimonio para procrear los hijos. De ahí que mande a su cuñado a pedirle perdón a Rosa por el embarazo, que se niegue a convertirse en un "remedio" matrimonial para la sensualidad de su cuñado y que trate de ocultar a los niños todo lo relativo al sexo. Porque su hogar ha de ser "limpio, castísimo", y no se puede ensuciar ni con palabras, ni con miradas, ni con olor a hombre.

A este respecto, se refiere Paloma Castañeda al acendrado miedo al hombre que tiene Tula:

Miedo al hombre. Gertrudis no solo rechazó a su cuñado, sino a todo pretendiente que se lo propusiera por bueno que fuera. La respuesta negativa se la llevó también Ricardo, un primo de Ramiro, y luego don Juan, el médico. El pretexto oficial era que ella se debía a sus sobrinos, y esa entrega era incompatible con su boda, pero la realidad era

²⁶ *Soliloquios y conversaciones*, pp. 37-38.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

otra, era el terror que le provocaba el hombre, ese ser desconocido, diferente a ella, que en caso de casarse le iba a pedir el débito conyugal, un misterio que nadie le había explicado y que a ella le infundía un grandísimo respeto (2008: 89).

Otro punto de contacto entre Unamuno y Tula son las dudas y los conflictos íntimos que les aquejan y que incluso les llevan a interpretar a su manera determinados aspectos de la religión. Nos hallamos ante una actitud que podríamos considerar cercana al protestantismo o al "anarquismo místico", que diría el pobre don Fermín de su novela *Niebla*. Así es como habría que entender el siguiente pensamiento de Tula: "¡El cristianismo, al fin, y a pesar de la Magdalena, es religión de hombres -se decía Gertrudis-; masculinos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!..." (1995b: XVII, 131).

El rechazo de Tula a la vida conventual se debe a la unión de dos factores: el deseo de no tener que supeditarse a las órdenes de alguien superior a ella y la consideración de la inutilidad de una vida retirada y contemplativa, frente a esa otra vida de acción que tanto le gusta y tanto necesita. Y en este segundo considerando volvemos a encontrar una vez más el cordón umbilical que une a Tula con don Miguel, quien también se había manifestado contrario a la vida monástica:

¿No es una inmensa paradoja, un gran contrasentido trágico, más bien, la moral toda de la sumisión y del quietismo? La moral monástica, la puramente monástica, ¿no es un absurdo? Y llamo aquí moral monástica a la del cartujo solitario, a la del eremita, que huye del mundo -llevándose acaso consigo- para vivir solo y a solas con un Dios solo también y solitario...²⁷

Algo similar a lo que había hecho decir a Joaquín Monegro, cuando rechazaba la idea de la vocación de su hija debido a que, en su opinión, la mayoría "de las que van monjas, o van a trabajar poco, a pasar una vida pobre, pero descansada, a sestear místicamente, o van huyendo

²⁷ *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 240.

**Algunos antecedentes del personaje de la tía Tula.
Aproximación didáctica a la protagonista de la novela
unamuniana**

de casa, y nuestra hija huye de casa, huye de nosotros²⁸".

Y es que, para el rector salmantino, la vida de acción no se limita sólo a la vida terrenal, sino que debe extenderse incluso a la vida eterna, la cual no puede ni sentirse "como una vida de contemplación angélica; ha de ser vida de acción²⁹".

Por lo demás, podemos señalar otros rasgos comunes a ambos, como pueden ser la lectura de Santa Teresa de Jesús, el gusto por el mar y la montaña, el interés por la vida de las abejas, y el dominio del arte de la papiroflexia o, como solía decir don Miguel, la cocotología. Si Unamuno era un auténtico experto en la construcción de figuras de papel, Tula es un prodigio en la creación de los cinco poliedros regulares.

Y, para terminar, tenemos que referirnos al desprecio que muestran los dos por las señoras y las señoritas, a las que no consideran auténticas mujeres, porque sólo leen "o sensiblerías que destilan mangla o pornografías que chorrean pus" y "se extasían, o ante un traje montado sobre un maniquí, si el traje es de moda, o ante el desvestido o semidesnudo; pero el desnudo franco y noble les repugna. Sobre todo el desnudo del alma" (1978: 227).

Aquí damos por concluida la enumeración de los que hemos considerado como principales antecedentes del personaje de la tía Tula, entre los cuales hemos querido destacar de manera relevante el que significa su propio creador. Porque, como decía Unamuno en el prólogo a la segunda edición de Abel Sánchez, "todos los personajes que crea un autor, si los crea con vida; todas las criaturas de un poeta, aun las más contradictorias entre sí -y contradictorias en sí mismas-, son hijas naturales y legítimas de su autor -¡feliz si autor de sus siglos!-, son partes de él³⁰".

²⁸ *Abel Sánchez*, p.168.

²⁹ *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 241.

³⁰ *Abel Sánchez*, p. 80.

Bibliografía

- CASTAÑEDA, Paloma (2008): *Unamuno y las mujeres*, Madrid, Visión Libros.
- GULLÓN, Ricardo (1964), *Autobiografías de Unamuno*, Madrid, Gredos.
- LONGHURST, Carlos: “La tradición hermenéutica en la narrativa unamuniana”, en Ana Chaguaceda Toledano (Ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra, IV*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007.
- MACHADO, Antonio: “Divagaciones”, en *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1980.
- ROF CARBALLO, Juan: “El erotismo en Unamuno”, en *Revista de Occidente*, año II, 2ª época, nº 19, Madrid, octubre 1964.
- UNAMUNO, Miguel de (1995a): *Abel Sánchez*, Madrid, Cátedra.
- UNAMUNO, Miguel de (1978): *Amor y pedagogía y Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid, Magisterio Español, col. Novelas y cuentos.
- UNAMUNO, Miguel de (1976): *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa- Calpe.
- UNAMUNO, Miguel de (1977): *El espejo de la muerte*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral.
- UNAMUNO, Miguel de (1986a): *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza.
- UNAMUNO, Miguel de (1995b): *La tía Tula*, ed. de Manuel Cifo González, Madrid, Alhambra Longman.
- UNAMUNO, Miguel de (1987): *La tía Tula*, ed. de José Carlos Mainer, Madrid, Alianza.
- UNAMUNO, Miguel de (1989): *La tía Tula*, ed. de Carlos A. Longhurst, Madrid, Cátedra.
- UNAMUNO, Miguel de (1986b): *Niebla*, ed. de Manuel Cifo González, Tarragona, Tàrraco.
- UNAMUNO, Miguel de (1967): *Obras completas*, tomo IX, Madrid, Escelicer.
- UNAMUNO, Miguel de (1979): *Soliloquios y conversaciones*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral.
- UNAMUNO, Miguel de (1971): *Vida de don Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral.